

BERNARDO HOUSSAY: COMO LO CONOCI Y LO RECUERDO

por *Alberto C. Taquini*

Ejemplo de conducta, maestro e investigador singular, promotor de la enseñanza superior y de la investigación científica, tutor de generaciones sucesivas, Houssay, sin caer en sentimentalismos, debe ser incorporado al pequeño cuadro de auténticos prohombres argentinos.

Sirvió a la nación durante más de 60 años con el poderoso recurso de la ciencia y con su obra contribuyó a prestigiarla en el orden internacional.

A medida que los años van alejando su presencia física, Houssay se va transformando en un modelo para los científicos y los universitarios y en un personaje de nuestra historia para la mayoría de los argentinos. Aulas, Institutos, Hospitales, una Plaza —solar que ocupó el recordado Hospital de Clínicas— bordeada por la vieja y mutilada Facultad de Ciencias Médicas, hoy Facultad de Ciencias Económicas, por el Hospital Escuela José de San Martín y por la actual Facultad de Medicina, llevan su nombre. Las figuras alegóricas “Prevenii” y “Curar” e Hipócrates, Paracelso, Claudio Bernard y Luis Pasteur, de pie en el frontispicio de la Facultad, simbólicamente son un homenaje permanente de la medicina y de la ciencia universales.

Para quienes hoy transitan por “su plaza” y para los que seguirán haciéndolo en el futuro queda, grabado en el mármol con caracteres indelebles, “Bernardo Houssay 1887-1971. Insigne médico y fisiólogo argentino. Académico y Doctor Honoris Causa de las más importantes Universidades del Mundo. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires. Sus relevantes investigaciones lo hicieron merecedor entre otros del Premio Nobel de Medicina y Fisiología 1947”. Síntesis apreada de lo que al fin, ha de perdurar; porque, aunque sea triste reconocerlo, los años borrarán paulatinamente lo percedero: su personalidad, sus desvelos, sus virtudes, el fruto de su experiencia; convertirán sus trabajos en silenciosos expedientes archivados en los anaqueles

y su contribución científica —materia imprecisa— en parte inidentificable del progreso.

Conocí a Houssay en marzo de 1924 cuando asistí a la primera clase del curso de fisiología. Tenía él, entonces, 36 años, hacía tres que ocupaba como titular la cátedra y su prestigio ya se había expandido por todo el ámbito de la facultad, como el murmullo confidente de los barrios. Houssay daba clase en el aula principal del edificio de la vieja Facultad, a la que se accedía, desde el primer peldaño de la escalera principal, por una puerta coronada con una gran reproducción del famoso cuadro de Rembrandt “La clase de anatomía”. Era un aula digna, silenciosa y acogedora; vestida de madera con gradas empinadas. Lucía en el frente un gran pizarrón enmarcado por dos puertas; encima de él otro cuadro clásico: “El médico y el niño enfermo”; delante, una larga mesa. En pocos minutos todos los asientos se cubrieron de alumnos y los pasillos central y superior se llenaron con los rezagados. A las 11 en punto apareció Houssay por una de las puertas del frente, sin que casi se lo sintiera. Vestía un guardapolvo blanco cerrado hasta el cuello con tablones y cinturón. Su cara era serena y poco expresiva; como si estuviese de paso, sus ojos, detrás de lentes con armadura de acero, parecían no mirar. Sin preámbulos entró directamente en tema: su voz era monocorde, se movía poco y sus ademanes eran casi imperceptibles. Sin embargo su exposición se hizo clara y penetrante. A las 12 horas, puntualmente, dio por terminada la clase. Como todos, dejé el aula sin esa euforia que deja el orador lúcido, pero con la profunda sensación de haber aprendido. Le seguí durante todo el año desde el mismo asiento y cada nueva clase que le escuchaba más crecía mi interés por la fisiología. Poco antes de terminar el curso, Houssay viajó a España. Le reemplazó en la Cátedra su discípulo preferido, Juan T. Lewis, que en ese entonces era un muchacho, pero, que ya había dado muestras de laboriosidad, bonhomía e inteligencia. El interinato de Lewis duró muy poco. La trágica muerte de O’Farrel, practicante del Hospital Parmenio Piñero —triste derivación de los tradicionales manteos estudiantiles— llevó a la inmediata supresión del internado en los Hospitales municipales, medida que derivó en huelgas y tumultos estudiantiles que condujeron al cierre de la facultad al promediar el mes de octubre. Recién en marzo de 1925, a la finalización del período de vacaciones, la facultad reabrió sus puertas para exámenes. En ese entonces fisiología se estudiaba conjuntamente con física biológica, materia que estaba a cargo del profesor Raúl Wernicke y con química biológica, a cargo del profesor Alfredo Sordelli. La mesa examinadora la integraban estos y la presidía Houssay como titular de la materia y director del Instituto. Por la importancia y extensión de la asignatura y por la rigurosidad de los examinadores, Fisiología había pasado a ser la valla más difícil de salvar de la carrera. Para nuestro curso, interrumpido y teñido por disturbios estudiantiles, había adquirido características aterradoras. Houssay daba la impresión que, para él, tomar examen era una obligación que había que cumplir celosamente, con “pulcritud”. Sus preguntas eran precisas, claras,

concretas y sus calificaciones justas. Con expresión invariable escuchaba contestaciones brillantes y atrocidades; reprobaba o aprobaba. En los muchos exámenes que le vi tomar jamás observé que influyeran el azar para el alumno y las razones de simpatía para su veredicto. La máxima deferencia que le conocí la tuvo con un amigo mío, hijo de uno de los miembros del Consejo Directivo de la Facultad que lo apoyó en la pareja votación en que Houssay ganó la Cátedra de Fisiología. Juntos veníamos cursando los años con regularidad desde el secundario. En ese turno de exámenes de marzo de 1925 mi condiscípulo sufrió el primer traspíe; en julio, el segundo y en diciembre, el tercero. Al término de este último Houssay, posiblemente en atención al padre para quien obviamente tenía gratitud, se sintió obligado a darle aliento. Luego de aplazarlo lo llamó y le dijo: “Lo siento pero todavía le falta un poco más”. Probablemente mi amigo ya había dado todo lo que podía dar y dejó la medicina.

Años más tarde, como miembro del Instituto, tuve oportunidad de asistir a muchas clases de Houssay. Siempre fue igual: la misma expresión, la misma voz, la misma forma, los mismos modos; hasta las mismas hojas con apuntes que le hacían de muletilla, hojas que año a año se iban amarillentando y cubriendo en los rincones de notas nuevas; con su misma permanente sólida necesidad de enseñar.

Días después de dar examen volví al Instituto de Fisiología para informarme como se cubrían las ayudantías. Houssay me vió, me llamó y cuando le expliqué el motivo que me llevaba me ofreció incorporarme a la cátedra con carácter condicional. Lamentablemente cuando debía hacerlo en forma definitiva motivos de salud me lo impidieron. Cuando le comuniqué que renunciaba a la ayudantía Houssay, en forma que me llenó de dudas, me dijo: “Lo siento porque *quizá* hubiese llegado a ser un buen colaborador”.

A principios de 1930, ya iniciado en medicina, sentí la necesidad de formarme en la investigación. Arrillaga, que en ese entonces era mi jefe y mi consejero, me sugirió que lo hiciese bajo la dirección de su condiscípulo y amigo Bernardo Houssay. Así, días después volví al Instituto de Fisiología en el que fui acogido sin reservas —como todo el que tenía deseos de trabajar y mejorar— y desde ese momento seguí ligado a él sin interrupción hasta 1943, año que Houssay fue separado de la cátedra.

Durante ese período de 13 años vi trabajar a Houssay un día tras otro. Llegaba regularmente, caminando desde su casa, bastante antes de las ocho de la mañana, hora en que se reunía con sus colaboradores inmediatos para coordinar la labor del día y entregarles fichas de trabajos aparecidos en alguna revista, hechas por su señora y en las que él con lápaz escribía el nombre de quien debía leerlos, y eventualmente comentarlos. Después de esta ceremonia, que duraba minutos, recorría todas las secciones del Instituto, que con el tiempo llegó a ser muy grande, para en foma sutil informarse de lo que cada uno estaba haciendo. Asiduamente supervisaba los trabajos prácticos y corrientemente se arrimaba a las mesas para observar la labor de los alumnos y de paso hacerles

alguna pregunta y aclararles algún concepto. Personalmente realizaba experimentos, organizaba y coordinaba los seminarios, dirigía tesis, aconsejaba o adiestraba en las más diversas técnicas: trabajaba, guiaba y enseñaba.

Su erudición y apertura para el diálogo científico, su metodología para el trabajo y su dominio de las más diversas técnicas experimentales hicieron que durante ese período confluyeran en el Instituto de Fisiología prácticamente todos los argentinos que querían hacer un trabajo de investigación serio y también numerosos extranjeros. Muchos llegamos desde la medicina interna y por ese camino, bajo su dirección, su consejo y su apoyo, la investigación clínica en la Argentina llegó a alcanzar un nivel que le valió reconocimiento internacional.

Para Houssay no había razón para faltar al Instituto; tampoco recuerdo que lo haya hecho nunca durante los 13 años que estuve con él, por enfermedad o por algún otro motivo. En el año 1936 murió su hermano Emilio; Houssay concurrió esa mañana al Instituto, salió alrededor de las 11 y regresó a la tarde antes de asistir al entierro. En ese momento interpreté su proceder como una carencia de sentimientos; hoy sé que no podía dejar de hacerlo.

Houssay tenía una memoria excepcional, una inteligencia clara y vastos conocimientos pero, fundamentalmente, era un trabajador metódico e incansable. La laboriosidad era la condición que él más estimulaba y reclamaba. Siempre repetía: "La ciencia progresa gracias a la imaginación pero más aún a la traspiración". Quizá por que él era así, todos los que tuvimos el privilegio de estar muchos años a su lado y que en buena medida podemos considerarnos su producto, con las diferencias y matices individuales, tenemos en común: laboriosidad y disciplina.

Además de su memoria y su claridad de ideas Houssay tenía una capacidad de concentración que le llegaba al subconciente. En las reuniones de seminario que se realizaban en el Instituto a última hora, en la vieja aula de Física Biológica, sentado en la primera fila, abría la reunión y al poco rato dejaba caer los telones palpebrales y entraba aparentemente en un profundo sueño reparador. Cuando el expositor terminaba su presentación todos, aún los más advertidos, mirábamos hacia él con curiosa preocupación. Houssay, instantáneamente abría los ojos e iniciaba los comentarios pertinentes como si hubiese estado en alerta máxima.

Vestía siempre de oscuro; se movía con paso medurado; nunca le vi reír y tampoco le oí elevar la voz. En general era poco expresivo. Lo que le agradaba, como lo que le disgustaba, lo aceptaba como los resultados, buenos o malos, de sus experimentos; sin que en apariencia le afectaran. Se preocupaba por igual por todos los que trabajaban a su lado. Sus críticas eran medidas y sus ponderaciones tibias. Externamente era equidistante. Sin embargo era sensible al halago y tenía preferencias marcadas y, también, antagonismos que los hacía sentir en cosas más trascendentes que el trato o el trabajo diario. Quizá porque fue un pionero que abrió un ancho camino con su propio esfuerzo venciendo la inercia del medio, que aún no comprendía el valor de la ciencia, fue muy

personal y reservado en sus decisiones y se molestaba cuando alguien le contradecía abiertamente.

Aunque no era político ni poseía aptitudes para la política tenía a este respecto una posición bien definida y cierta oculta vocación por ella. Sabía que a todos les agradaba ser saludado por el nombre y más aún que una persona importante, como él era, le preguntase ¿siempre sigue haciendo tal cosa?, o ¿cómo andan sus estudios sobre tal otra? En su colosal memoria almacenaba el nombre de todas las personas con las que tomaba contacto y los unía al de la actividad que cada uno realizaba. Un día me di cuenta que prestaba particular atención a esto. En 1946 concurrimos juntos al Congreso Latinoamericano de Cardiología que se realizaba en la Ciudad de México. El mismo día que llegamos el Doctor Ignacio Chávez nos hizo visitar el Instituto que él dirigía, nos paseó por todas sus dependencias y sucesivamente nos fue presentando a sus colaboradores. En la breve conversación que tuvimos con cada uno de ellos Houssay los nombró más de una vez. Cuando regresamos al hotel anotó cuidadosamente sus nombres y apellidos y la labor que realizaban y los repasó luego conmigo.

No tenía las características de hombre de sociedad. A pesar de esto gustaba de las reuniones sociales o por lo menos cumplía con ellas, ya que sistemáticamente concurría a todas las que se lo invitaba y además reunía en su casa con relativa frecuencia. Era un conversador poco predispuesto al diálogo. Con interlocutores de todo tipo: viejos o jóvenes, pares o no pares, monopolizaba cualquier tema, mostrando su vasta erudición. Como buen descendiente de franceses, habitualmente a las mujeres les deslizaba una frase que rezumaba cortesía versallesca.

Sus opiniones en aspectos extracientíficos estaban tan arraigadas en él que era imposible discrepar sin crearle una tensión que, aunque no manifestase abiertamente, se traslucía en un cambio abrupto del tema, en un tic, y ocasionalmente, en el filo de una chocanería.

Houssay ordenaba su vida en forma casi horaria y como era extremadamente metódico le costaba mucho modificar algo que tuviese programado o comprometido. En una ocasión —en la primavera de 1937— le invité a pasar un domingo con su esposa y sus tres hijos en nuestra quinta de Bella Vista. Había quedado en recogerlos a las 10 de la mañana y como es de práctica la visita incluía un asado al aire libre, algún deporte y un paseo por esa localidad, que en esa época tenía parajes que hacían honor a su nombre. A la madrugada del día previsto se desató una tormenta fenomenal; a las nueve de la mañana llovía torrencialmente y el pronóstico anunciaba —y el cielo lo afirmaba— que iba a llover todo el día. Me comuniqué con Houssay y le sugerí postergar el programa para otro día más adecuado, anticipándole que para mí y para mi mujer transferirlo no significaba ningún problema. Me contestó: “yo tengo anotado pasar el día de hoy con ustedes en Bella Vista y prefiero no cambiar de planes”. Cuando salíamos, lloviendo a cántaros, tanto a mí como

a Haydeé nos preocupaba el imaginar cómo soportar un día encerrados con sus hijos Alberto, Héctor y Raúl que tenían 16, 15 y 13 años respectivamente y con los nuestros que tenían 2 y 1. Tal como anticipó el pronóstico llovió ininterrumpidamente todo el día. Pero Houssay se encargó de que nadie sintiese el paso del tiempo. Comenzó a hacer preguntas sobre los más diversos temas: los árboles, los pájaros, las nubes que, ante el silencio general, él mismo contestaba. Con Alberto, nuestro hijo mayor, que tenía 2 años, pasó más de media hora enseñándole el funcionamiento del reloj. Envueltos en una ininterrumpida lección llegaron las seis de la tarde, hora en que emprendimos el regreso.

Houssay era un convencido de que la investigación debía estar ligada a la Universidad. Miraba la actividad privada con cierta desconfianza y era renuente a aceptar que se pudiese realizar una buena tarea de investigación en un medio que no estuviese vinculado a la docencia superior. En 1940 don Virginio Grego me ofreció fundar un Instituto para que continuase las investigaciones cardiocirculatorias que había iniciado como becado en la Universidad de Harvard. Le sugerí que para garantizar el futuro de un Instituto privado lo aconsejable era crear una Fundación que asegurase su funcionamiento regular y permanente. A mi pedido invitó al Doctor Houssay a discutir el carácter que se debía dar a la misma y ofrecerle formar parte de su Directorio. Houssay aunque no se opuso a la creación de la fundación, categóricamente desaconsejó crear un Instituto desvinculado de la Universidad. Su opinión fue definitiva y, consecuentemente, el Instituto fue donado a la Universidad de Buenos Aires. Paradójicamente, en las etapas finales de su construcción y habilitación, en 1943, Houssay fue separado de su cátedra y sólo pudo retomar su labor de investigación gracias a la creación del Instituto de Biología y Medicina Experimental con aporte privado.

Su posición respecto a la importancia de la investigación en la Universidad era tan arraigada que, pese a la experiencia vivida, cuando en 1945 fue reintegrado a la cátedra, su intención fue dismantelar el instituto de reciente creación, cosa que afortunadamente no se llegó a hacer por la firme oposición de Eduardo Braun Menéndez. El Instituto de Biología y Medicina Experimental sobreviviente, pronto volvió a cobijarlo y esta vez por el resto de su vida. En más de una oportunidad después de este episodio y de muchas otras crisis políticas y sociales que ha vivido el país, con Houssay comentamos lo imprevisible que es el destino del universitario argentino. Pero, aún admitiéndolo, siguió sosteniendo que la investigación científica no debe desvincularse de la enseñanza superior.

Los avatares de la política lo golpearon y lo elevaron a sitios de responsabilidad nacional. Dentro de su coraza imperturbable de maestro, como ser humano sintió y asimiló los golpes y los halagos. Sin duda, así, dejó en el camino algo de la severa equidistancia con que brilló en sus años jóvenes para juzgar las cosas de los demás. Pero ni los honores y sitios que ocupó, ni los

reveses modificaron su natural sencillez, su conducta, su disciplina, su amor por el trabajo, su devoción obsesiva por el adelanto científico.

Hasta los 82 años mantuvo su claridad mental y una actividad excepcional. En el último período de su vida su salud lo fue quebrando. Pero aún en los intervalos de las varias caídas que precedieron a su muerte, sus virtudes afloraron intactas. En su último período lúcido, 11 días antes de morir, el viernes 10 de setiembre a mediodía, lo visité con carácter oficial o acompañando al entonces Presidente de la República, Teniente General, Alejandro Agustín Lanussé. Física e intelectualmente estaba muy disminuido. Sin embargo, todavía en esa visita final, rodeado por su familia y frente a la más alta autoridad del país, Houssay era el mismo que yo había conocido casi medio siglo atrás: digno, tranquilo, con voz pausada, con cortesía medida; sin deponer su autoridad paternal distanciadora.

Con una laboriosidad, disciplina y generosidad ejemplares, aún en los períodos más amargos de su vida, Houssay sembró Argentina y América de discípulos a los que les enseñó a respetar los hechos, a buscar la verdad y a sentir el contenido humano de esa aparente fría disciplina que es la investigación científica. Los que le seguimos durante años, en las buenas y en las malas, en el acuerdo y en el desacuerdo, quisiéramos que se le recordara siempre como fue; que quedase viviente su personalidad, con sus grandezas y, también, con sus pequeñas y humanas debilidades; que no pasase a ser una figura de bronce; un nombre de plaza; una cita en el diccionario. Tampoco un prócer argentino más.